

Por una masculinidad positiva

Rafael Fraguas*

REIVINDICAR la necesidad de reelaborar una masculinidad positiva, ni opresiva ni discriminante hacia la mujer, se ha convertido hoy en un tarea casi imposible. Sobre ella se cierne la incomprensión, explicable, de muchas mujeres que no olvidan el pesado fardo de la historia patriarcal: por sus rígidos ejes ha discurrido el devenir de la mayor parte de las civilizaciones antiguas, excluyendo de forma demoledora a la mujer y condenándola a una subsidiariedad social que se daba por perpetua.

Pero las civilizaciones contemporáneas, pese a las esperanzas que despertaron en torno a la liberación de la mujer, no han atajado tampoco hoy la reproducción de los esquemas neopatriarcales, que se ven sutilmente mantenidos en nuestros días dentro de la cultura neoliberal capitalista hegemónica y cuyos resultados más evidentes, convenientemente maquillados, han sido no sólo la incorporación de las mujeres a los mismos circuitos de explotación laboral y social que se ejercían sobre los hombres, sino también, la conversión de la esfera de la masculinidad en sinónimo idéntico a negatividad e impostura.

* Periodista. Madrid.

Enemistad

LA tarea de idear hoy una masculinidad positiva, hay que decirlo también, cuenta con la enemiga de las corrientes feministas dominantes que no han mostrado avances en la percepción positiva de lo masculino por considerarlo, igualmente, como una tarea casi imposible, al identificarla a priori como algo sustantivamente adverso, por quimérico e inalcanzable, habida cuenta de la postración en la que sitúan hoy a los hombres como género.

A los magros avances de la teoría social en cuanto a conseguir alumbrar el camino de una práctica social no machista ni hostil a las mujeres se añaden nuevas dificultades. La esencia de la incomprensión de la necesidad de una masculinidad positiva por parte del feminismo hegemónico es, a mi juicio el carácter intrínsecamente individualista que rezuma desde los orígenes de las teorías que presiden este pensamiento. Y ello porque el feminismo, pese a intentarlo, no consiguió incorporar una nueva lógica dialéctica que trascendiera y superara los estrechos márgenes del pensamiento hegemónico, individualista, es decir, profundamente metafísico, casi en su conjunto. Tal vez los tiempos no han dado para más, en el sentido de que la fase vindicativa, necesaria para situar a la mujer en un plano de paridad no desequilibrado respecto a los hombres, no allanó las condiciones para verificar esa superación. Pero los nuevos tiempos exigen un esfuerzo conjunto de hombres y mujeres para conseguir esta meta sin la cual la libertad y la igualdad de los géneros naufragarán en el turbión confuso que atribula nuestro mundo.

¿Qué cabe entender por masculinidad positiva? Primero, un proceso de ideas, cristalizado en hechos, que complete la revisión histórica autocrítica sobre el patriarcado emprendida en las últimas décadas respecto a las relaciones entre hombre y mujeres. En segundo lugar, una búsqueda de la sustantividad masculina respecto a sí misma, donde quede de manifiesto qué parte del bagaje cultural y civilizacional con el que contamos podemos rescatar entre todos para construir un mundo distinto, sin opresión ni culpa.

Complejos interiorizados

LA autocrítica histórica ha quedado detenida, entre otras causas, por los complejos interiorizados por los hombres respecto de este asunto. La tarea de encarar la diferencialidad entre los dos géneros es percibida como una especie de sacrilegio, por el temor de herir

que tanto ha paralizado precisamente a aquellos hombres que más se han destacado por evitar a las mujeres las heridas del patriarcado. Ello se produce en medio de un clima mental donde se mitifica una igualdad mecánica entre los géneros basada en la uniformidad social, psicológica y cultural, que olvida que la uniformidad es, precisamente, la principal enemiga de la igualdad. Es hora de hacerse la pregunta ¿igualdad para qué?; y de avanzar en la búsqueda de una respuesta que excluya terminantemente de su contenido la reproducción de la explotación que de forma conjunta, aunque en grados distintos, sigue ejerciéndose de modo anónimo desde el capitalismo neoliberal sobre hombres y mujeres.

A grandes rasgos, la civilización ha consagrado dos grandes modelos de feminidad y masculinidad donde aquello que permanece por sobre las diferentes culturas es la asignación a la mujer de un modo de aproximación a la realidad de cuño inductivo, un método de relacionarse con la existencia en su conjunto que se ceñiría a la esfera de lo particular-cotidiano, de la organización básica de la vida de los demás y de lo subjetivo-individual. Por contra, a lo masculino se asignaría la esfera de lo objetivo-general, que incluye una aproximación a la realidad de cuño deductivo, en un circuito que va de la generalización a la particularidad sin llegar casi nunca a ésta.

Esta división civilizacional del trabajo, con todos sus matices y excepciones, ha sido la causa de la mayoría de los desencuentros intergenéricos de hombres y mujeres. Ya sea en las relaciones sociales como en las interpersonales. Cualquiera de las múltiples formas de incomunicación entre hombres y mujeres puede ser entendida, siquiera parcialmente, como invariante desde esta perspectiva.

Inducción versus deducción

Y ello porque, en raras ocasiones, la sociedad sesgada por nuestra civilización ha permitido a las mujeres trascender ese plano particularista, íntimo y subjetivo; y a los hombres, superar en dirección a la realidad cotidiana los límites de su deductividad generalizante. En el terreno básico, esas presiones civilizacionales han creado modelos psicológicos de mujeres vinculadas obligatoriamente, esto es, de forma no libremente elegida, a la especialización de género en lo íntimo-emocional-sentimental y modelos de hombres apartados de la organización de la vida cotidiana, alejados de la practicidad y sepultados en la generalización inútil, en los cuales esta dimensión de lo humano desaparece, acentuando así las formas de incomunicación intergenérica.

En un plano suprapersonal, esta división funcional ha generado un apartamiento drástico de la mujer de la esfera de lo general, señaladamente en los lenguajes de la religión, del poder y del pensamiento. Es raro hallar una sola de las grandes religiones que no discrimine a las mujeres de las funciones sacerdotales, en particular, y de otras actividades de intermediación entre la divinidad y lo humano. Es éste uno de los enigmas más desconcertantes de la historia de las civilizaciones por ser las religiones grandes estrategias de supervivencia y por ser, asimismo, las mujeres, dentro de este marco civilizacional, consideradas como un segmento social decisivo precisamente para lo que esas civilizaciones entienden por supervivencia, es decir, la reproducción de las formas impuestas a la vida social e individuada.

En cuanto al poder, la presencia de las mujeres en su ámbito y durante centurias nunca ha trascendido el plano de lo episódico, al igual que en el mundo de la producción de pensamiento y teoría, señaladamente la científica, y con breves excepciones en el campo de la literatura.

Como vemos, la exclusión de las mujeres de estos grandes escenarios del quehacer humano es simultáneamente causa y efecto de su postración como género respecto de la esfera de lo general y su reducción obligada a la esfera de lo particular, que deriva en el efecto perverso de sepultar a todo un género en lo no histórico, lo que no puede trascender esos límites de privacidad que, según la práctica social en boga, no cristaliza en experiencia generalizable y aplicable a situaciones sociales e históricas diferentes.

La fosa de la frivolidad

BAJO este prisma cabe entender desde los fenómenos históricos más relevantes hasta otros más cercanos a la vida cotidiana de nuestros días el humorísticamente denominado *marujismo*, que no es más que una plasmación concreta de la inutilidad que los valores dominantes atribuyen al sepultamiento, provocado por éstos, de la mujer en la fosa de lo frívolo, lo irrelevante, de lo que no trasciende, de lo que alimenta su propia postración como práctica común entre numerosos individuos de un género y que esos valores perpetúan mediante la exclusión perpetua.

Puede resultar arrogante adelantar alguna vía de salida a esta incomunicación de géneros que la civilización hegemónica reproduce velozmente, acentuando hasta extremos asfixiantes la desigualdad contra la que las mejores mujeres y los mejores hombres han luchado históricamente con denuedo.

Pero ya va siendo hora de que alguien se arriesgue a salir de tanta incomunicación derivada de esos modelos de hombre y mujer basados en esquemas asignados e impuestos de deductivismo masculino y de inductivismo femenino.

A mi juicio, un primer paso para reemprender fructíferamente la comunicación intergenérica es la ideación de una lógica dialéctica nueva que, desde la realidad inmediata, que incluye la práctica y también la teoría, alumbre un nuevo mundo donde ambos dominios sean participados e ideados por mujeres y por hombres. Se trataría también de que el feminismo recogiera la necesidad de incorporar a la mujer a la creación de teoría, sin la cual, la elaboración de una masculinidad positiva resultaría una tarea realmente imposible. Pero tal incorporación no sería viable si, desde las filas del feminismo, no se abandona la senda del individualismo que, paradójicamente, perpetúa el hundimiento de la mujer en la esfera de la particularidad, impuesta por el patriarcado y sus variantes capitalistas, hoy neoliberales, para cuyo mantenimiento el feminismo individualizante se ha convertido hoy en herramienta mucho más funcional de lo que a simple vista pueda parecer.

La masculinidad positiva debe permitir hacer salir a los hombres del complejo de culpa histórico, que ahora paraliza también desde su campo la producción de una teoría propia para sí, para la mujer y para la relación de los dos géneros. Y ello sobre la base de que sobre nuestro planeta ya hay una generación de hombres, al menos, que no ha contribuido a fundamentar la existencia de aquella culpa histórica fundada en sinrazones evidentes.

El impagable don de la vida

UNA variante de esta misma culpa, por otra parte y en épocas antiguas y recientes, en el plano psicológico ha creado modelos de comportamiento de los hombres respecto a las mujeres basados en una deuda de tipo *cósmica* respecto a la figura de la madre, dadora de la vida, que el hombre alienado por esa forma culposa extiende luego a las relaciones con el género femenino en su conjunto. Prueba de ello puede ser en la literatura la lírica amatoria masculina, sublimación de una perpetua impotencia, y que paradójicamente han cebado la incomunicación entre unos y otras, por la imposibilidad de satisfacer nunca una deuda de esa naturaleza. La vida es un don, nunca un precio. La culpa masculina respecto a la vida, pese a producir efectos en la configuración de sociedades represivas, no

puede ser el fundante de nada duradero. Menos aún de las relaciones sociales y de género.

Por otra parte, el modelo civilizacional vigente en el mundo occidental se encamina hacia la conversión de la informática en paradigma de los nuevos tiempos. A grandes rasgos, lo que pudiera parecer una herramienta para la progresión del pensamiento y la mejora de la vida cotidiana se convierte realmente en una metáfora del inductivismo más frustrante, por cuanto que la informática se acredita ante el gran público de sus consumidores como la vía para acceder a una suerte de totalidad estática, visualizable y fría, de la cual la humanidad de las dimensiones tiempo-espacio ha desaparecido, en una ilusión de virtualidad eterna.

No es ninguna coincidencia que la acreditación de una especie de feminización del mundo se produzca simultáneamente a la eclosión de la informática. Quizá en la resonancia inductivista que ambos escenarios, bien distintos y heterogéneos, como objetos de pensamiento muestran ha llevado a los estrategias de la destrucción del tiempo humanizante y de la historia social a solaparlos ambos.

La rotura del eje del tiempo secuencial que la informatización del mundo implica ha hecho añicos cuestiones tan básicas como la pautaación de la remuneración del trabajo asalariado, hecho de un alcance extraordinario y que la nebulosa informática casi ha conseguido ocultar entre el ruido ambiental. La presencia asfixiante de una simultaneidad inhumana, ahistórica, se yergue ya como la expresión suprema de la angustia que para el futuro plano nos reservan esos estrategias cuya perversidad se asienta sobre su ignorancia, no sobre maldad alguna.

Entre tanto analizamos estos nuevos e inquietantes fenómenos, cabe decir que mientras la esfera de lo masculino no salte de sus poderosas ataduras, la viabilidad de una masculinidad positiva no podrá despegar hacia metas que la incorporen a la tarea de crear un mundo de seres libres, donde las diferencias de género sirvan realmente para demostrar que la pluralidad, es decir, la igualdad libre y no uniforme, es parte de la vida y procura a todas y a todos los que por ella pugnan la felicidad, único destino, racional, de la Humanidad.